

Suárez cambia un poco

La lista de los miembros del nuevo Gobierno confirma las impresiones de los últimos días que dejaban prever, pese a las promesas de Suárez, un Gabinete de centro-derecha. Ni siquiera el equipo económico puede globalmente considerarse como socialdemócrata, si es que no se quiere vaciar por completo de contenido a esa palabra, erosionada ya por una utilización abusiva y arbitraria. La presencia de algunos hombres de esa tendencia en el tercer Gobierno de la Monarquía, da toda la impresión de responder más que a un deseo de aplicar las fórmulas socialdemócratas a la situación española, al propósito consciente de cargar con la responsabilidad de afrontar la crisis económica a quienes creen en la posibilidad de superar el modelo neocapitalista.

La derecha ha devuelto la pelota a quienes estos meses de atrás señalaban la conveniencia de que fueran los jóvenes lobos del capitalismo los encargados de librar al país del atolladero económico. Siguiendo los acreditados usos de sus homólogos europeos los neocapitalistas españoles prefieren que sea la izquierda moderada quien saque las castañas económicas del fuego de la crisis. Se evitan así sobresaltos y siempre queda la posibilidad de cargar a los otros con el sambenito si la "normalidad" no se restablece a tiempo. Supuestas las medidas que habrán de tomarse en breve plazo, no es difícil prever sobre quiénes recaerá la impopularidad.

Una cierta voluntad de cambio, especialmente en lo político, se contrapesa con un evidente designio de conservación en otros ámbitos. Así, por ejemplo, parece haberse optado por no abordar con la profundidad que merece el tema de la educación, que continúa estando sometida a las mismas influencias de siempre. Quizá Suárez no desea abrir a la vez demasiados frentes de batalla, pero no es de buen augurio descuidar el problema educativo, que además de estar al rojo vivo tiene un importantísimo efecto multiplicador sobre todas las estructuras de la sociedad.

Nos hallamos, pues, ante un Gobierno fundamentalmente de centro-derecha. Nadie había imaginado que el primer equipo gubernamental de la nueva etapa democrática fuera a ser ni conviniera que fuese de otro color. Y es obligado felicitarse de que los hombres que lo constituyen sean ante todo demócratas, como muchos han demostrado en los últimos meses. Después de haber padecido esa derecha que aquí ha sido calificada de montaraz y trabuquera, es un progreso evidente ver acceder al poder a esa derecha moderna que supo comprender a tiempo que el mantenimiento del régimen autoritario era incompatible con la propia política neocapitalista.

Las estructuras sociales, económicas y culturales que hereda la democracia son más viejas, decrépitas y esta circunstancia da pie al nuevo Gobierno para, sin salir de su propia ortodoxia, acometer reformas de gran impacto. Partimos de tan bajo que cuanto se haga para poner a este país al nivel de su tiempo puede ser mucho, relativamente. La reforma fiscal progresiva, la efectividad de las libertades individuales y colectivas, el divorcio, la liberalización cultural, la educación gratuita para todos, la autonomía regional..., etcétera. Son tantas las cuestiones pendientes mantenidas por la dictadura en hibernación cuando no en neta regresión, que a poco que se avance en ellas el Gobierno puede lograr un positivo balance. Pero el gran tema es, por el momento, la consolidación de la democracia y el establecimiento de una Constitución que sea fruto del pacto entre todas las fuerzas políticas representadas en el Parlamento. Ahí tiene el Gobierno su principal reto y ahí deberá demostrar su capacidad de negociación y el definitivo abandono de las prácticas autoritarias.